

# Títere de guante

*"Arte de entregado amor y exigente modestia"*

*"El títere del presente y del futuro, ese incansable y pícaro andarín, nos hace un guiño y nos da cita hoy en una sala de espectáculos, en un café, en una plaza, en la escuela o se instala en nuestra propia casa a través de la pantalla de nuestro televisor".*

## PRIMERA DE TRES PARTES

Este delicioso arte de los títeres -antiguo como la civilización- surge de la suma de materiales elementales - hablemos de los títeres de guante - la cabeza modelada generalmente en papel maché, y luego una funda, con mangas sumarias, casi siempre no mayores que las mismas manitas. Esta cabeza y este vestido vacío se llama títere, que no alcanza por la ausencia de varios miembros a constituir lo que ordinariamente denominamos muñeco, toma, si introduces la mano en la funda y lo mueves con cierta habilidad y amor, las más recónditas vibraciones de tu corazón, el múltiple prisma de las ideas, la vida misma.

Por ello el arte de los títeres es el más bello regalo que el hombre ofrendará a sus manos, que todo lo producen y todo lo crean.

Decía el títritero Javier Villalade que los títeres nacieron cuando el hombre, por vez primera, vio a su sombra moverse grotescamente a su costado... Yo no sé si fue así exactamente, pero estoy convencido de ese carácter orgánicamente grotesco que le asigna. Que no aparece por un capricho de su creación o por una determinada disposición estética, sino por exigencias de su propia estructura elemental, insuficiente para reproducir con identidad el movimiento de personas o animales. Por lo que todo intento de copiar como un espejo el movimiento de un ser vivo irá contra su naturaleza y sus posibilidades, y sólo logrará destruir el elemento que constituye la particularidad y la gracia de su expresión y movimiento.

Su fuerza dramática reside precisamente en su carácter grotesco: la caricatura del movimiento y de la vida.

No es por acaso que Guíñol, Punch, Polichinela, Petrishka y todos lo muñecos tradicionales de los distintos pueblos, posean ese rasgo que les da un aire inconfundible de familia, cada uno con su sello físico o moral característico y llevado a la exageración.

Es que el grotesco es el principio fundamental de su carácter.

Esta cualidad caricaturesca fue el motivo de sus glorias populares y de su aciago padecer. El motor de su fuerza satírica.

Durante el Imperio romano, los títeres, con su lenguaje agudo y desenfadado se convirtieron en terribles críticos de las costumbres, de las malas costumbres de la clase dirigente. El César fue generoso con ellos no prohibiendo los espectáculos. Se contentó con negarles solamente el uso de la palabra. Durante el reinado de Luis XIV Polichinela - Guíñol aún no había nacido - se convierte en un símbolo de la lucha del pueblo parisiense contra Mazarino: En las Ferias de San Germán y Puente Nuevo, Polichinela, con la aprobación entusiasta del pueblo, vociferaba, dirigiéndose al Cardenal: "Yo puedo vanagloriarme sin vanidad, Monseñor Julio por venir del pueblo y ser considerado por él, puesto que le he oído decir tantas veces: vamos a ver a Polichinela, pero nunca lo oí decir a nadie: vamos a ver a Mazarino".

En la misma época, un famoso títritero, llamado Brioché, dueño de un ingenio y un sentido crítico extraordinarios, hizo que el célebre abate y orador Bossuet escribiera indignado al procurador del Rey: "Mientras que usted toma tanto cuidado en reprimir a los convertidos, yo le aconsejo velar por la educación de los católicos e impedir los títeres, cuyas representaciones vergonzosas, discursos impuros y la hora misma de las reuniones invitan al mal. Me es muy fastidioso, mientras trato de instruir al pueblo, que se permita a tales obreros destruir en un momento, más



de lo que puedo edificar en un largo trabajo".

No deseamos con estos ejemplos limitar el títere en los marcos de la crítica política -zona prohibida para ciertos títriteros que no comprenden que ser intérpretes del pueblo, en un sentido auténtico, es el más alto honor reservado a un artista- sino para descubrir la razón de su originalidad y penetrante dramatismo.

Por eso nos preguntamos hasta qué punto es conveniente hacerles representar obras que no corresponden a su carácter, las que contradicen a cada paso la seriedad de los planteos con lo grotesco del movimiento del muñeco. Igual cosa ocurre con los bailes que les obliga a realizar, a ellos que no tienen piernas, cuando para esto sería más acertado recurrir a las marionetas de hilos.

Si no nos atenemos a esta cualidad mencionada, correremos el riesgo de desvirtuar al títere, tornándolo desabrido e inexpresivo.

Bien saben los títriteros de la obra escrita para otro tipo de teatro, que al ser trasgadas por los títeres se van cambiando las acciones, el vocabulario, los parlamentos, hasta no quedar nada, o casi nada, de la obra original.

Cada títere es un carácter exagerado hasta la estilización más depurada y sería torpe imponerle una base oral que no correspondiera a ese carácter. ¿Por qué, entonces, no adaptar los personajes y las obras a la particularidad de los títeres, entendiendo que en la cuerda del grotesco es posible, y bien lo demuestra los muñecos, expresar situaciones dramáticas, con la más auténtica verdad artística?

"No conozco -decía Bernard Shaw- arte más dramático que el de los títeres". Y justamente, en lo sumario de su anatomía, en su máscara impasible, en lo elemental de su movimiento, digamos en su pobreza irremediable, es donde se esconde el tesoro de su expresión.

Se ha dicho que el títere de guante, obligado por su esquematismo sólo puede transmitir cosas intrascendentes, ubicándolo en el pasado, en un lugar más o menos entretenido de la barraca. Pero eso no es cierto. Se le ha comparado a un juguete. Ni el más ingenioso juguete de relojería podría no reproducir, no declinar una escena, sino un solo de los movimientos del títere, puesto que es el títritero, su mano, con toda su complejidad muscular y nerviosa, quien lo mueve y se expresa con él. Un juguete hecho con ingenio nos puede maravillar, pero no tomará más que la superficie de nuestra emoción.

El títere va a nuestro conocimiento y a nuestro corazón y nos conmueve como cualquiera otra forma artística.

Según Jacques Chesnais, sólo dos escritores de lengua francesa comprendieron el espíritu del títere: Duranty y Alfredo Jarry. Duranty escribió para los títeres de mano y Jarry para los de hilo.

Duranty dice respecto a los títeres de guante: "Lo que hacen los títeres domina completamente lo que dicen. Cuando de cerca o de lejos, uno se detiene delante del teatro, de este agujero cuadrado, decorado, es primero el alboroto y los extraños movimientos, la extraña forma de esos seres sin piernas, vestidos con trajes colorados, exagerados, que impresionan y retienen el interés."

"Los martillos de los herreros no hacen más ruido que esos garrotazos o esas cabezas de madera que se golpean rudamente".

(Continuará)